



Vol. 7, No. 3, Spring 2010, 525-529

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Verónica Grossi, *Sigilosos v(u)elos epistemológicos en Sor Juana Inés de la Cruz*. Madrid: Iberoamericana, 2008

La dialéctica entre los sentidos políticos y contestatarios en Sor Juana Inés de la Cruz

Pablo Baler

California State University—Los Angeles

El cuerpo crítico acumulado en estos últimos 400 años en torno a la obra (y el cuerpo) de Sor Juana Inés de la Cruz es abrumador. Por eso, cuando aparece un nuevo estudio sobre la monja novohispana uno tiende al escepticismo académico; y a veces, al estoicismo editorial. Sin embargo, *Sigilosos v(u)elos epistemológicos en Sor Juana Inés de la Cruz* de Verónica Grossi, es un caso singular.

Lo que nos ofrece Grossi es una lectura alegórica de tres obras claves de Sor Juana Inés de la Cruz (*El Neptuno alegórico*, *El Divino Narciso* y *Primero Sueño*), que según la autora manifiestan, desde su intertextualidad, los contornos del programa tanto simbólico como político

de Sor Juana. El arco expresivo que dibujan estas tres obras en el análisis de Grossi, pone de manifiesto el distanciamiento progresivo de lo público hacia lo privado, de la visibilidad a la reclusión, revelando en todos los casos una compleja dialéctica entre los sentidos políticos y los sigilosos sentidos contestatarios en el marco de la densa y proliferante poética barroca.

Encauzando en el marco teórico ofrecido por la crítica cultural, de distinta huella feminista, ya desarrollado por autoras como Franco, Merrim o Perelmuter, Grossi propone un despegue de la limitadora visión mitificadora de Sor Juana como Fénix Americana o Décima Musa para construir un discurso interpretativo capaz de iluminar la pluralidad de sentidos que convocan sus obras como resistencia alegórica contra el discurso patriarcal e imperial del siglo XVII mexicano. Con este objetivo Grossi articula, una vez más, una lectura contextualizada que vuelve a rescatar a Sor Juana del “vacío de excepcionalidad” a que la había relegado la crítica tradicional y la coloca en el entramado pluridimensional de su realidad retórico-literaria, filosófica, socio-cultural, política, y religiosa de la época.

Como Grossi mismo propone: “A través de este enfoque interdisciplinario (...) podemos situar [la escritura de Sor Juana] en el espacio móvil del discurso, donde se articulan las relaciones entre poder y conocimiento; y bosquejar las dinámicas de imitación, emulación y subversión de los modelos culturales y/o retóricos metropolitanos” (21). Es decir, las interpretaciones de los textos sorjuaninos aquí ofrecidas, se enfocan en la interrelación semiótica entre signos y textos; entendiendo texto en el sentido estructuralista de tejidos sociales: instituciones, ideologías, códigos, normas y jerarquías. Grossi logra revelar así, la singular relación entre una voz multiplicadamente marginal (monja, mujer y sujeto colonial) y un contexto multiplicadamente hegemónico (el de las instituciones jerárquicas, religiosas, imperiales, de opresión artística, intelectual y vital que constituían la sociedad novohispana del siglo XVII); y lo hace por medio de efectivos y microquirúrgicos cortes transversales que exploran las estrategias textuales en Sor Juana para resistir, subvertir y

transgredir alegóricamente las otras estrategias que componen el orden monolítico del siglo XVII mexicano.

En el contexto de este libro, cuando hablamos de alegoría nos referimos, sin embargo, a un salto hermenéutico que va más allá de la mera figura retórica. La distancia que la alegoría abre entre el signo y la significación, como discurso que representa algo más de lo que dice literalmente, inspira en Grossi un método interpretativo que intenta trazar una cartografía de las distancias en niveles complementarios incluyendo tanto lo geográfico (entre la metrópoli española y el Nuevo Mundo), como lo retórico (entre el discurso literario y el discurso del poder), epistemológico (entre la inteligibilidad de la naturaleza y la opacidad del lenguaje) y metafísico (entre lo humano y lo divino). Y es justamente en este ámbito del tropo al cuadrado donde Grossi pega su salto hermenéutico más rico, matizado y audaz; su verdadero vuelo epistemológico que trasciende a las obras como simples objetos literarios y que se vuelve en sí misma una lectura alegórica y una alegoría de la lectura.

Las connotaciones políticas de la alegoría, ya inscriptas en su etimología (*allos + agorein*: aquello que por ser expresado en la plaza pública debe ser soslayado), se revelan de diferentes maneras en los recursos formales y temáticos de las tres obras estudiadas, donde muchas veces el decir misterioso, desviado o irónico está conectado a la necesidad expresiva de hurtarle el cuerpo y el espíritu a la censura y a la coerción pública. En todos los casos, sin embargo, Grossi apunta a poner en primer plano la semántica del poder y la obediencia, la paradoja de un sentido político de legitimación del espacio del poder femenino.

La autora misma nos revela desde un principio las preguntas—ya planteadas por Stephen Greenblatt en su artículo “Culture”—que pretende responder; de manera que podemos estimar el éxito de su trabajo en relación a la eficacia con la que responde a dichos interrogantes. Greenblatt se pregunta, por ejemplo, qué modelo de comportamiento proponen los textos sorjuaninos, por qué despertaron y despiertan interés tan fuerte en los lectores; qué diferencias existen entre los valores tácitos de estos textos y los valores de las lectoras, y cuáles son las premisas culturales y sociales que están implícitas en ellos (Grossi 24). Desde el criterio arriba

mencionado, el éxito del proyecto de Grossi es inapelable. Pues sus páginas arrojan nuevas y matizadas luces sobre la multiplicidad de textualidades y texturas discursivas que confluyen en la obra de la monja novohispana, conectando líneas subyacentes, creando un rico mosaico que revela los sentidos de la resistencia y las cifras alegóricas; y dándole finalmente a esta lectura a primera vista atomizada una renovada unidad de sentido e intención.

Uno esperaría, sin embargo, de una lectura tan ajustada a la minuciosidad de sus argumentos, y liberada a tal punto de todo atajo conceptual, una conciencia más alerta de los riesgos que conlleva toda forma de apropiación. Pues si bien Grossi desarticula las tres obras desde una aproximación cultural que logra enriquecerlas, también se presiente a lo largo de este ensayo una sigilosa usurpación, en la medida en que encuadra a los textos en los confines de un marco teórico cuyos propios horizontes de expectativas y significaciones se superponen, a su vez, como otros tejidos sociales muy definidos políticamente y académicamente estratificados. Se podría señalar a este respecto y como ejemplo, el análisis que hace Grossi de los “desplazamientos retóricos” o las “proliferaciones semánticas” en Sor Juana como formas de resistencia a los dogmas masculinos; cuando estos rasgos expresivos que definen la estética barroca en general podrían ser leídos como conjuras contra toda forma de construcción dogmática o incluso contra el dogmatismo del lenguaje.

Toda lectura es secuestro, toda lectura corre el riesgo de la apropiación; no sólo aquellas cuyas agendas subyacentes atentan contra nuestra visión de mundo. En el legítimo intento de Grossi por contrarrestar una interpretación “falocéntrica” de la obra de Sor Juana, Grossi corre el riesgo de la sobrecorrección. Si como Grossi mismo propone, “la interpretación patriarcal de la obra de Sor Juana ha tenido la función de perpetuar superestructuras socioideológicas que invalidan la aportación de la mujer al campo de la cultura” (151), la interpretación que ella ofrece corre el riesgo de invalidar la aportación de una escritora al ámbito de lo inefable, pues no todo puede ser convocado a la luz de la retórica ni todo puede ser entendido en términos de subversión de estructuras patriarcales. Si la actividad poética de Sor Juana es, en última instancia y como bien

apunta la autora, lo que se quiere representar como un espacio de poder y conocimiento alternativos, el mejor aparato crítico que se puede montar sobre estos textos es el silencio. Ese silencio que incluso para Grossi ya no es un signo de imposibilidad, sino “un eficaz modo de expresión oblicua”.